

ARTÍCULOS

IÑIGO MACIÁS-AYMAR

Analista del Institut Internacional de Governabilitat de Catalunya



Los desafíos del nuevo escenario institucional chino tras casi tres décadas de reformas pro-mercado.

La realidad económica y social china presente en la actualidad ha cambiado radicalmente a raíz de las reformas liberalizadoras emprendidas a finales de la década de los 70. Hasta entonces, este gigante asiático constituía una sociedad eminentemente agrícola, con importantes carencias educativas y sanitarias, altos niveles de pobreza, una economía poco dinámica y bajos niveles de diversificación, y sin apenas contacto cultural y/o comercial con el mundo exterior. Si se analizan hoy algunos de los indicadores referentes a estos elementos (avances sociales, estructura económica y magnitud del comercio internacional, por citar algunos) resulta asombroso como en tan poco tiempo China ha conseguido tantos y tan diversos avances. Y es que una de las peculiaridades de este país es que, a diferencia de otros países con deficiencias parecidas a principios de la década de los 70, **China parece haberse situado en el carril rápido en cuanto a convergencia con los países más desarrollados del mundo se refiere.**

La sólida emergencia del país en la arena internacional y, en especial, en aquellos "foros multilaterales" donde hasta entonces habían prevalecido las doctrinas y posturas de potencias clásicas, es un claro reflejo de este avance.

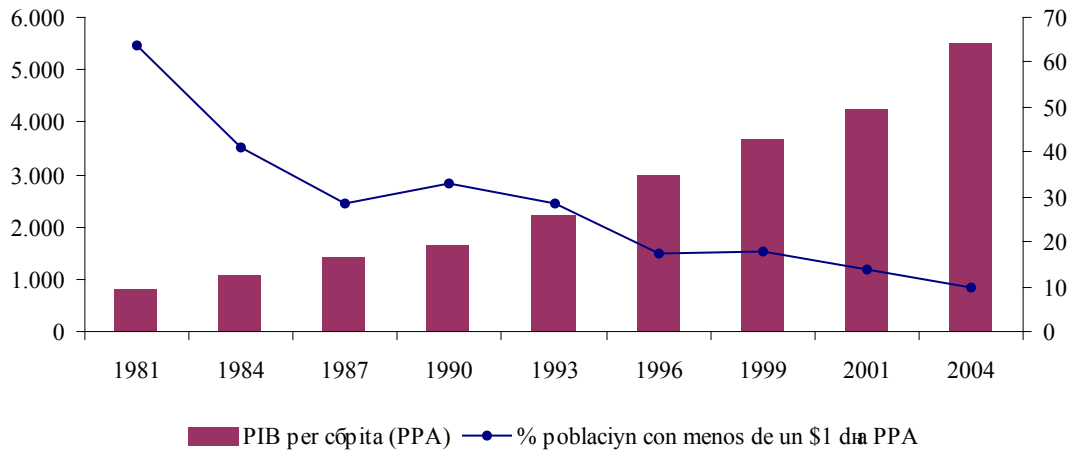
Tras la muerte del omnipresente Mao Tse Tung, su entonces sucesor, Den Xiaoping, inició importantes reformas dando un fuerte golpe de timón y estableciendo un nuevo rumbo para el país. Con toda probabilidad, Den Xiaoping apenas podía hacerse a la idea de la magnitud de estas reformas liberalizadoras. Con ellas, se abrió la Caja de Pandora de este gigante dragón cuyos efectos todavía en la actualidad parecen inacabados, por lo que establecer un veredicto global sobre los mismos resultaría prematuro. Algunos aspectos determinados, pero, sí que pueden comenzar a ser expuestos.

Así, durante casi tres décadas la economía china ha sido la más dinámica del mundo. En este lapso de tiempo, el crecimiento promedio anual del PIB *per cápita* se ha situado en torno al 8,5%, un registro espectacular!

Gráfico 1. Crecimiento económico y lucha contra la pobreza. 1981 - 2004.

PIB per cápita ajustado por la paridad de poder adquisitivo en dólares USA constantes de 2000 (escala de la izquierda) y % de población con menos de un dólar USA al día ajustado por la paridad de poder adquisitivo.

Gráfico 1. Crecimiento económico y lucha contra la pobreza. 1981 - 2004.



Fuente: elaboración propia a partir de los *World Development Indicators* del Banco Mundial.

Sin entrar a analizar la evolución de otros indicadores de carácter más social, como el avance en educación o en sanidad, y que nos proporcionarían una imagen más matizada de este avance, el gráfico anterior supone una buena muestra del impacto logrado por ahora a nivel general.

Como se puede observar, el poder adquisitivo del país se ha disparado. De acuerdo con las estimaciones del Banco Mundial, a principios de los 80 el país contaba con un PIB *per cápita* ajustado por el poder de compra de casi 800 dólares. En 2005, último año para el que esta institución tiene estimaciones, este mismo indicador ascendía a algo más de 6.000 dólares. La capacidad de consumo *per cápita* se ha visto multiplicada por 7,5 en 25 años! Este positivo desempeño económico ha venido parejo a una dramática reducción en la magnitud de la pobreza extrema (menos de un dólar USA al día). Tomando como referencia el mismo periodo, mientras en 1981 aproximadamente 2 de cada 3 chinos vivía bajo el umbral de la pobreza, en 2004 esta proporción había bajado a 1 de cada 10.

Aunque en términos globales se puede afirmar que el cambio social vivido en el país ha sido espectacular y muy positivo —cuestionando, por tanto, muchos de los preceptos emanados desde la corriente dominante en la práctica del desarrollo sustentada por las principales Instituciones Financieras Internacionales—, este histórico avance no nos debe obnubilar y cegar la vista frente a otras transformaciones negativas, asociadas también a

este espectacular crecimiento económico y que imponen nuevos desafíos.

Entre éstos, podemos destacar la corrupción, el creciente número de desempleados, el negativo impacto medioambiental de este desaforado crecimiento económico, los procesos de urbanización sin una adecuada planificación o el aumento de la criminalidad. Todos ellos constituyen problemas complejos, con importantes sinergias entre sí y, por tanto, requieren de respuestas estratégicas.

Sin embargo, por encima de todas ellas destaca el incremento de la desigualdad. Y es que los avances anteriormente mencionados no se han distribuido de manera general en todo el territorio, haciendo aparecer importantes diferencias dentro de una sociedad acostumbrada al igualitarismo.

Analizando de manera más detallada esta desigualdad, observamos como ésta viene motivada, principalmente, por la incapacidad del sector rural (localizado en el interior del país) para beneficiarse de este crecimiento económico. Una parte importante de culpa de esta situación la tiene el patrón de crecimiento seguido por el país que, recordemos, ha sido constantemente dirigido y supervisado por el propio Partido Comunista Chino. Las consecuencias de esta nueva situación no han tardado en hacerse realidad. Así, además de suponer un factor de riesgo a tener en cuenta para el mantenimiento del dinamismo económico, así como para avanzar

en la lucha contra la pobreza, la conflictividad social en aquellas zonas y regiones más desfavorecidas han aumentado significativamente en los últimos años. Además, la rampante corrupción presente en los gobiernos locales y regionales, que gozan de altos niveles de autonomía ejecutiva con respecto al poder central, no han hecho más que aumentar la sensación de malestar de estas regiones.

Este escueto análisis de la evolución económico-social del país, no hace más que reflejar la emergencia de una dualidad en el seno mismo de una sociedad donde hasta hace poco más de dos décadas la característica fundamental era la homogeneidad. En la actualidad, en el país conviven dos realidades muy diferentes pero que caminan en paralelo. Una que ha conseguido sacar partido de las nuevas oportunidades y otra que se ha quedado anclada en el pasado.

Este nuevo escenario, producto de las reformas económicas, ha generado nuevas necesidades que parecen requerir de un renovado marco estratégico sobre el que definir y desarrollar renovadas políticas públicas que les puedan dar respuesta de manera eficaz, no serían de extrañar también tímidos cambios en la estructura de gobernanza.

Es decir, la gobernabilidad del país se ha sustentado de manera secular en una estructura de gobernanza extremadamente centralizada y bajo la estrecha batuta dirigista del Partido Comunista Chino. Sin embargo, esta gobernabilidad —recordemos que este concepto es una cualidad de la gobernanza y hace referencia tanto a la eficacia como a la legitimidad de las políticas y decisiones públicas implementadas— parece crecientemente amenazada por las tensiones sociales, principalmente en aquellas regiones y zonas donde las bonanzas del crecimiento económico brillan por su ausencia.

Ante esta nueva situación, durante el último Congreso Nacional Popular, celebrado a comienzos de 2007, el primer ministro Wen Jiabao mostró la voluntad de hacer frente a estas nuevas amenazas. En su discurso inaugural abogó por la necesidad de recolocar en el centro mismo de la agenda política nacional aquellos aspectos sociales últimamente relegados a un

segundo plano por las políticas sectoriales de crecimiento y apertura económica. De entre todos ellos, Wen Jiabao habló de justicia social, redistribución y sostenibilidad medioambiental. Aunque está por ver cómo se materializará esta plétora de intenciones, no hacerlas efectivas supone un riesgo muy importante dadas las nuevas dinámicas sociales asociadas a la dualidad generada por una situación de desigualdad donde una importante proporción de chinos han visto sensiblemente mejoradas sus condiciones de bienestar, mientras que otra parte importante las ha visto, pero desde muy lejos.

Asimismo, más allá de la necesidad de retomar una adecuada estrategia que mejore la gobernabilidad en el país, la transformación padecida en el seno de la sociedad china parece incluso amenazar las condiciones de gobernanza, es decir, el actual escenario de actores estratégicos e instituciones. Desafortunadamente, la insuficiente apertura de espacios efectivos para la sociedad civil parece indicar que, de nuevo, si se produce un cambio institucional, éste se realizará de forma gradual y de arriba-abajo, es decir, comandado y dirigido por el propio Partido Comunista Chino. De hecho, ningún cambio importante en el país ha tenido éxito sin la implicación efectiva del Partido.

Pero, ¿qué probabilidades existen de que exista un cambio de actitud en el seno mismo del Partido? Todavía no muchas, pero cada vez resultan más numerosas y poderosas por el hecho de que las transformaciones vividas durante las pasadas tres décadas también han afectado a la clase dirigente. Así, el previsible cambio generacional en el partido —una generación con experiencias y vivencias muy diferentes a las de la actual—, la emergencia de una clase burguesa y empresarial con importantes vínculos con el poder pero preocupada por consolidar los avances conseguidos y que éstos perduren para su descendencia, así como un entorno rural que una vez constituía las bases de su poder pero que se siente fuertemente marginada, son algunos elementos que apuntan hacia un cambio. Obviar la creciente brecha existente entre la actual estructura institucional, desarrollada para gobernar una sociedad con características tan diferentes a las presentes actualmente supone un excesivo riesgo en el medio plazo. Ciertamente, la

actual diversidad que presenta el país requiere de cambios dentro mismo del modelo de organización social.

Por tanto, la enseñanza que se deriva de la actual experiencia china refleja que, al igual que en otros contextos de cambio, para garantizar el éxito y la persistencia del crecimiento económico y el desarrollo chino, el principal desafío que enfrenta este país es el de definir una adecuada estrategia que le permita desplegar las estructuras de gobernanza que mejor se adecuen a la nueva pluralidad presente en la sociedad.

Bibliografía

Hongbin, C., Treisman, D. (2006): "Did Government Decentralization Cause China's Economic Miracle?", *World Politics*, Volume 58, Number 4: 505-535.

Lewis, J. W., X. Litai. (2003): "Social Change and Political Reform in China: Meeting the Challenge of Success", *The China Quarterly*, Volume 176: 926-942.

Nelsen, H. (2001): "Chinese Governance: Problems and Prospects". *Perspectives on Global Development and Technology*, Volume 17, Number 2: 129-144.

Ravallion, M., S. Chen. (2006): "China's (Uneven) Progress Against Poverty", *Journal of Development Economics*, 82: 1-42.

Sachs, J. (2005): *El Fin de la Pobreza*. Editorial Destino, Madrid.